

Índice

[Gracias](#)

[Dedicatoria](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[Agradecimientos de la autora](#)

[Notas de la traducción](#)

Créditos



Gracias

¡Te damos las gracias por adquirir este libro electrónico de **KAKAO BOOKS**!

Para recibir información sobre novedades, ofertas e invitaciones, [suscríbete a nuestra lista de correo](#) o visítanos en www.kakaobooks.com.

KAKAO BOOKS es un proyecto totalmente independiente. Traducir, editar y distribuir este tipo de libros nos cuesta mucho tiempo y dinero. Si los compartes ilegalmente, dificultas que podamos editar más libros. La persona que escribió este libro no ha dado permiso para ese uso y no recibirá remuneración alguna de las copias piratas.

Intentamos hacer todo lo posible para que nuestros lectores tengan acceso a nuestros libros. Si tienes problemas para adquirir un determinado título, puedes contactar con nosotras. Si crees que esta copia del libro es ilegal, infórmanos en www.kakaobooks.com/contacto.

Para Jen Forward, que me convenció para unirme a los técnicos de escenarios en el instituto y, aun hoy, sigue irradiando genialidad.

Y para David Levithan: Espero que este libro ayude a matar algunos vampiros más.



La gravitación no tiene la culpa de que la gente
se enamore.

(Albert Einstein)

1.

—¿Cómo que te vas?

Chloe me soltó la mano.

—Lo sé, es una mierda —mentí—. Mis padres creen que sacaré mejores notas en un colegio nuevo.

Otra mentira.

—¡Qué fascistas! —dijo Chloe, algo bastante irónico, ya que mis padres se conocieron en el colectivo feminista-socialista-anarquista de la universidad.

—Me irá bien. El Billy Hughes es un buen centro.

—¿Pero qué tiene de malo el nuestro? Si al final son todos iguales. Son todos parte de un sistema de aprendizaje institucionalizado, diseñado para que te conviertas en un robot.

Negué con la cabeza.

—El Billy Hughes es más progresista. Su lema es «Aprendizaje independiente».

—Pero tú no quieres ir, ¿no? —Chloe entrecerró los ojos.

Vaya que sí.

—Yo no quiero dejarte —respondí.

—¡Te van a machacar, Ava! —Chloe frunció el ceño con preocupación—. Todo serán reglas, deberes y exámenes estandarizados. Cero libertad creativa. Seguro que tienen hasta policías.

Me encogí de hombros. ¿Cómo le explicaba a Chloe que yo quería reglas, deberes y exámenes estandarizados? Quería desafíos. Quería estar con gente a la que le importasen las matemáticas, las estructuras y los resultados. Los policías no me hacían mucha gracia, eso era verdad.

En realidad, había sido yo la que les había rogado a mis padres que me mandasen a una escuela privada. Escribí cartas, hice el examen para optar a una beca y, cuando me llegó la carta de aceptación, justo antes de primavera, bailé por toda la habitación como una loca.

—Tampoco es que me vaya a ir a otro país —dije—. Todavía podemos quedar después de clase y los fines de semana.

Chloe encendió un cigarrillo, le dio una larga calada y exhaló el humo con un suspiro.

—Pues qué bien.



Chloe era la persona más sensacional que había conocido jamás. Era alta y delgada, con dedos largos y elegantes y hombros puntiagudos, como las modelos de las fotos de pasarelas. Ese día llevaba una falda de tubo negra con medias de rejilla y botines estilosos, que se había quitado y había dejado al lado de mi cama. También llevaba una camiseta negra bajo una chaqueta oscura y entallada de *tweed*. El pelo, corto, teñido de negro y con gomina en las puntas, le daba cierto aspecto de elfa. En su nariz brillaban dos pendientes plateados, y otros cuatro en cada oreja. Tenía las uñas pintadas de un color ciruela muy oscuro. La única luz que emanaba de ella venía de su piel de porcelana y su cigarrillo blanco.

Chloe leía clásicos literarios con las cubiertas hechas cisco que encontraba en mercadillos y tiendas de segunda mano. Todos estaban escritos por personas como Anaïs Nin y Simone de Beauvoir, y le daban un aspecto muy intelectual, sobre todo cuando llevaba sus gafas elegantes con montura de carey.

A Chloe no le gustaba el instituto. Decía que la mayoría de los profesores eran fascistas, y a veces incluso

criptofascistas, significase lo que significase aquello. Decía que nuestro sistema educativo nos volvía dóciles y estúpidos, y que la verdadera educación solo venía del arte, la filosofía y la experiencia vital. Chloe prefería sentarse en el muro bajo de piedra que rodeaba la escuela, fumar, hablar sobre el existencialismo y la vida, y enrollarse conmigo.

Era maravillosa y yo estaba convencida de estar enamorada de ella.

Así que... ¿por qué deseaba tanto marcharme?



Cuando les dije a mis padres que era lesbiana, me montaron una fiesta. En serio, con champán y todo. Fue lo más vergonzoso que me había pasado.

Mis padres adoraban a Chloe incluso más que yo. Cuando ella venía a casa, solía terminar leyendo algún libro de Ann Sexton con Pat o escuchando a Bob Dylan en vinilo con David. Pero a mí no me decían nada los poemas trillados acerca de úteros y, sinceramente, pensaba que Bob Dylan estaba sobrevalorado, así que me quedaba sentada educadamente, como si estuviera en casa de otra persona, hasta que sonaba el teléfono o algo así y podía arrastrar a Chloe a mi habitación. Allí hablábamos algo menos sobre feminismo; después, Chloe me leía algún fragmento de mi libro favorito de relatos de Borges y yo la hacía reír imitando a la señora Moss, nuestra profesora de Inglés, que tendría como setenta años. Conseguir que los labios de Chloe se curvaran hacia arriba y que sus ojos se arrugaran al reírse me hacía más feliz que ninguna otra cosa en el mundo.

Cuando llegaba la hora de que Chloe regresase a casa, se atusaba el pelo, se recolocaba la ropa y volvíamos a la

cocina. Pat y David siempre parecían apenados de que se fuese.

—¿Tan pronto? —decía Pat—. ¡Pero si apenas hemos hablado!

A veces creía que mis padres deseaban que Chloe fuese su hija.



Al llegar a casa, saludé a Pat y David, me metí en mi habitación y cerré la puerta. Yo quería tener pestillo, pero no había manera de que mis padres me dejaran. Algo así implicaría que tenía secretos, y ellos eran los padres más liberales y tolerantes del mundo: ¿qué podía querer ocultarles yo?

Si supiesen...

Abrí el armario y rebusqué entre viejas sandalias cangrejeras y pantalones de chándal pasados de moda hasta que casi llegué a Narnia. Y saqué una bolsa. Era una de esas bolsas acharoladas, de color celeste, con asa de tela fina. El tipo de bolsa que llevan las personas que salen en la tele cuando están «de *shopping*» con un presupuesto que podría alimentar a un país africano entero.

En la bolsa había un paquete envuelto en papel de color amarillo limón, sellado con una pegatina celeste ovalada con letras doradas. Conteniendo el aliento, despegué suavemente la pegatina y abrí el paquete con la oreja puesta por si oía a Pat o David acercarse, ya fuera para ofrecerme un café o una charla sobre posestructuralismo.

Dentro del paquete había un jersey. Un jersey rosa de cachemira con un dibujo de rombos, para ser exactos. Era lo más suave del mundo y los diamantes de color rosa y crema estaban unidos, como almas gemelas.

Me acaricié la mejilla con su suave textura y me puse delante del espejo, sosteniendo el jersey sobre mi cuerpo. No necesitaba ponérmelo; sabía que me quedaba bien. Lo sabía porque me lo había probado en la tienda. Y era tan bonito, tan suave, tan... rosa. Tenía que comprarlo. Aunque sabía que después no podría ponérmelo, porque Chloe se moriría de risa si lo viese.

Yo *nunca* llevaba ropa de color rosa. El rosa no era vanguardista. El rosa no era existencial. El rosa era para las princesitas, los zapatos de ballet y las hadas con purpurina.

Cuando tenía cinco años, solo llevaba cosas rosas. Todo era rosa, desde mis bragas hasta mis calcetines, pasando por mis vestiditos vaporosos y mi reloj Flik Flak. No quería llevar nada de ningún otro color y mis padres estaban horrorizados; se morían por vestirme con camisetas del Che Guevara para bebés y boinas negras a lo bohemio.

Todos mis juguetes eran rosas. Solo usaba lápices rosas. Insistí para que pintasen las paredes de mi habitación de rosa.

Pero ya no era así. Años después, mi habitación estaba pintada de un gris pálido y sombrío, con zócalos y arquitrabes de color carbón. Ya no había pósteres de unicornios en las paredes; habían sido reemplazados por láminas artísticas en blanco y negro. Mis padres tenían que estar orgullosos. Ni siquiera había una bandera arcoíris; como Chloe decía, no éramos *esa clase* de lesbianas.

A medida que crecía, Pat y David me habían ido convenciendo por agotamiento. Me explicaban que el rosa era un significativo vacío de feminidad y que ninguna de las otras niñas llevaba un vestido rosa bajo la bata para la clase de pintura. Me enseñaban artículos de revistas sobre Britney Spears (antes de que se descarriase) y sacudían tristemente la cabeza.

Cuando terminé la primaria, habían ganado. El péndulo se había colocado en el extremo opuesto: el negro. Para entonces, con suerte se me veía con falda y, cuando cumplí los catorce años, ya había tirado el último par de bragas que no fueran negras. Llevaba el pelo teñido de negro y casi siempre recogido en un moño apresurado. Me vestía con una combinación perpetua de vaqueros y camisetas de color negro: camisetas sin mangas en verano y un cárdigan enorme en invierno. A veces deseaba poder vestirme de una forma más loca, ecléctica y femenina, como Chloe, pero sabía que ella lo luciría todo mejor que yo, así que me quedaba con lo que ya conocía.

Por eso, el jersey rosa prácticamente brillaba en el dormitorio gris. Era como un recuerdo del país de Oz en mitad del aburrido Kansas en blanco y negro.

Lo doblé cuidadosamente y volví a envolverlo en el papel amarillo.

El rosa era para las chicas.

Chicas hiperfemeninas que llevaban los labios pintados con brillo de sabores, que leían revistas y que hablaban por teléfono tumbadas en sus sábanas perfectas de encaje, con los pies en el aire. Chicas que se pasaban seis meses buscando el vestido perfecto para la fiesta de graduación.

Chicas a las que les gustaban los chicos.



2.

Chloe llegó al instituto cuando yo tenía catorce años.

Acabábamos de empezar el curso y no se parecía a nadie que hubiera conocido. Era guapa y sofisticada, y vestía con prendas *vintage* negras y elegantes.

No habló con nadie durante la primera semana y nadie le habló a ella. Era *distinta*. Divina. Inaccesible. Llevaba una gruesa raya negra de ojos y se sentaba en los pupitres de atrás de clase para leer *El amante de lady Chatterley*.

Yo la miraba por el rabillo del ojo. Me fascinaba. Con ella me entraban ganas de hacer cosas de adultos, como beber café y hablar del sentido de la vida. Era todo lo que mis padres querían que yo fuese. Así que la observaba, esperando una oportunidad para poder colarme entre sus muros de helada indiferencia.

La oportunidad llegó en clase de Ciencias, donde nos dividieron por parejas para hacer no sé qué experimento con sulfato de cobre.

Fingí estar distraída con el horario y evité las miradas de mis compañeros, que se fueron distribuyendo por parejas a mi alrededor. Luego levanté la vista, aparentando confusión, y vi que Chloe era la única persona desemparejada de la clase. ¡Lo había conseguido!

Me acerqué a su mesa.

—Hola —saludé, limpiándome las palmas sudorosas de las manos en los vaqueros.

Me miró brevemente y regresó a su libro sin hacer comentarios. De cerca, olía a cigarrillos y a vainilla. Era un olor adulto, peligroso.

Medí la cantidad de polvo de sulfato de cobre y lo mezclé con agua. Luego removí el líquido azul en un matraz mientras pensaba en algo que decir.

—¿Qué tal está el libro? —pregunté, al tiempo que encendía un mechero Bunsen.

Chloe se encogió de hombros y respondió:

—No está mal. —Tenía la voz ronca y profunda—. Lo de echar polvos en cobertizos todo el rato es un poco demasiado.

No sabía qué contestar a eso, pero recordé algo que había dicho Pat una vez acerca de *Hijos y amantes*, otro libro del autor.

—¿No van todos los libros de D. H. Lawrence de lo mucho que quería acostarse con su madre?

Chloe levantó la vista del libro, sorprendida, y frunció el ceño mientras examinaba mi camiseta, mis vaqueros y mi coleta medio deshecha. Me sentía una cría en su presencia. Chloe era maravillosa y yo quería impresionarla por encima de todo.

Y, para mi perplejidad, lo había logrado. Alzó las cejas y la comisura de sus labios se curvó en una sonrisa de color borgoña. Su mirada fue de mis ojos a mis labios y regresó arriba.

—¿Cómo te llamabas?

—Ava.

—Como Ava Gardner —dijo con aprobación.

Casi se me cayó el matraz de lo mucho que me temblaban las manos.



Más o menos un mes después de que comenzáramos a juntarnos, Chloe dijo algo que me cambió la vida.

Ella llevaba atacada el día entero. Se había tomado tres tazas de café y se había retocado cinco veces el pintalabios de color cereza. Estábamos sentadas en el murete de fuera del instituto y Chloe me hablaba de una película japonesa

que había visto en la tele la noche anterior; pero se interrumpía una y otra vez, distraída, y fruncía el ceño.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Claro que sí.

Sacó el brillo de labios de su bolso, lo desenroscó, lo volvió a enroscar y lo dejó a un lado.

—¿Estás segura?

Chloe me miró. Había algo raro en su expresión. Parecía asustada, pero también, de alguna forma, *hambrienta*. Vi que se sonrojaba bajo su maquillaje pálido y apartaba la mirada; luego volvió a fruncir el ceño y pareció enfadada consigo misma.

—Soy lesbiana —soltó de pronto—. Quería que lo supieras.

—Ah. —Sentí frío y calor al mismo tiempo, y temblé un poco.

—¿Te parece bien? —preguntó ella a la defensiva.

Asentí.

—Muy bien.

—Genial —dijo Chloe, y se inclinó hacia mí y me besó.

Nunca había pensado mucho en mi sexualidad. Ni siquiera había tenido novio (aparte de Perry Chau a los once años, con quien solo estuve cuatro días), pero siempre había pensado que era porque los chicos de catorce años daban mucho asco. Olían mal, se expresaban con gruñidos monosilábicos y solían tener la cara llena de granos.

La piel de Chloe brillaba como la luna. Olía misteriosa y diferente, y hablaba de ideas y teorías que yo no entendía, pero que encontraba fascinantes igualmente. Cuando nos besamos, sentí cosas que no había sentido antes.

La adoraba.

Me prestaba libros que yo leía, leía y leía. Nos sentábamos en el murete y hablábamos de la vida, el amor

y la muerte. Leíamos poesía juntas, escuchábamos radios alternativas y veíamos películas francesas que a mí me aburrían hasta la náusea; pero no importaba, porque después nos tumbábamos juntas en la cama y mirábamos el techo y comentábamos la escenografía mientras los dedos de Chloe trazaban lentas espirales sobre mi piel.

No podía creerme que me hubiera elegido. Una vez le pregunté: ¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Porque eres más inteligente que todos los otros imbéciles juntos, que parecen clones unos de otros —respondió. Luego bajó la vista y se ruborizó—. Y porque eres preciosa.

Era la persona más fantástica, sexy e interesante que había conocido jamás, y me había elegido a mí.

Y ahora yo iba a dejarla atrás.

2.

El colegio Billy Hughes para la excelencia académica era como un castillo. Estaba hecho de roca caliza, y aquí y allá sobresalían torrecillas blancas y banderas ondeantes.

Mientras avanzaba por el camino de guijarros, me sentí como una princesa. Era Cenicienta, que por fin se escapaba de casa e iba al baile. Me había gastado todo el dinero de las Navidades en ropa: llevaba unos vaqueros nuevos y una camiseta blanca ajustada bajo mi precioso jersey de cachemira rosa. Después de una larga tarde en la peluquería para quitarme el tinte negro, el pelo me brillaba y se me ondulaba como en un anuncio de champú. Cuando miré mi reflejo en el espejo esa mañana, apenas reconocí a la bonita chica de pelo castaño que me sonreía bajo de la máscara de ojos.

El resto de los estudiantes no pareció fijarse en mí mientras subía los gruesos escalones en dirección a la flamante puerta principal. Se agolpaban alrededor del castillo, riendo y charlando. Parecían perfectos, todos de rostro radiante y aspecto cuidado.

—¡Ella-Grace! —le gritó una chica a otra—. ¿Por qué no viniste al club de debate la semana pasada?

Ella-Grace sacudió la cabeza y, con ella, sus largas trenzas castañas.

—He tenido que dejarlo. Me coincidía con otros dos: Líderes del futuro y Alianza francesa.

—*Je suis désolée* —dijo la primera chica en un francés perfecto—. *Mais en se verra a le club du Japonais?*

—*Hai!* —dijo Ella-Grace.

—*Sugoi!* —contestó la primera chica—. *Sayonara.*

—*Au revoir!*

Me dio un escalofrío de emoción. Tenía la impresión de que aquel lugar me iba a encantar.



En mi antiguo instituto, la espera en clase antes de que llegase el profe era una mezcla entre un baile y un documental de animales salvajes. Los alumnos se tiraban comida entre sí, se daban manotazos y pegaban gritos. Las chicas se despatarraban en los pupitres y cantaban con los cascos puestos; los chicos nos tiraban de las gomas del sujetador y emitían gruñidos. Al fondo, un par de adolescentes de género indeterminado se exploraba mutuamente las amígdalas.

Chloe y yo solíamos entrar con el segundo timbrazo, nos sentábamos cerca de la ventana y poníamos cara de estar aburridas y muy poco interesadas. Chloe sacudía los dedos con delicadeza, como si tirase la ceniza de un cigarrillo invisible.

Entonces, el profesor o la profesora entraba, enrojecía y empezaba a gritar nombres por encima del guirigay; nosotros no nos molestábamos ni en responder y él, o ella, no se molestaba en tachar nuestro nombre de la lista.

Ese mismo momento, pero en el Billy Hughes, fue como ir a un *spa*. Todos parecían contentos y relajados. Los chicos y las chicas hablaban unos con otros, como si realmente fueran miembros de la misma especie. La mayoría llevaba tazas de té o café; me pregunté si había alguna cocina que los alumnos pudiésemos usar. Todo era muy maduro. El aire olía a café, a perfumes caros y sutiles, y a colonia de chico. Inspiré profundamente. Era el olor del conocimiento, el éxito, el logro.

—Hola.

Me giré. Una chica bajita y rubia, con unos ojos azules enormes y el tipo de nariz que las famosas pagan millones

por tener, me sonreía con una dentadura blanca y perfecta.

—Me llamo Alexis —dijo, y extendió la mano.

En una película, ese sería el momento en el que yo diría algo inapropiado y la chica superpopular me fulminaría con una sola mirada.

—Ava —balbuceé—. Yo soy Ava.

Le estreché la mano tímidamente, sintiéndome muy mayor. ¿Qué clase de adolescentes van por ahí dando la mano? En mi antiguo centro, nos presentábamos con un gruñido indeterminado y un ligero movimiento de cabeza.

—¡Como Ava Gardner! —dijo la chica—. Qué genial.

Parpadeé. Hasta ahora, Chloe era la única persona que había dicho eso. Bueno, Chloe y gente de la edad de mi abuela.

—Te gustará estar aquí, estoy segura —dijo Alexis, entrecerrando los ojos con una picardía adorable.

¿Cómo lo sabía? ¿Sabía acaso que no solía llevar jerséis rosas de cachemira? Y... ¿se daría cuenta de que era una lesbiana casi gótica? Ojalá no. Alexis era la primera persona con la que hablaba en el Billy Hughes y deseaba con todas mis fuerzas que no fuese la última.

El profesor entró y todos nos sentamos. No había oído ningún timbre. A lo mejor ni siquiera había.

—Buenos días, Matthew —dijo Alexis.

El profesor asintió en su dirección.

—Hola, Alexis.

Llamar a los profesores por su nombre, café, ningún timbre, darse la mano, que todo el mundo fuera maduro, serio y disciplinado... Por un momento me olvidé del jersey rosa y de la posibilidad de que Me Gustasen los Chicos. Solo estaba feliz de estar en un centro en el que ser inteligente no se considerase un signo de inestabilidad emocional.



Esa mañana tuve una reunión con la responsable de integración de la escuela. No sabía bien lo que hacía una responsable de integración, pero tenía un despacho muy bonito que daba al patio en la tercera planta.

Se llamaba Josie y tenía el pelo rubio platino, casi blanco, que mantenía a raya con una diadema roja y brillante. Llevaba las uñas y los labios pintados del mismo tono de rojo, y un montón de maquillaje. Demasiado.

—Hola, Ava —dijo con una sonrisa cegadora—. Siéntate.

Era un poco como estar en una clínica privada llena de macetas, cuadros y estanterías con libros. La oficina de mi tutor en mi antiguo instituto era una mezcla caótica de sobres de manila, pósteres horteras de ATRÉVETE A SOÑAR y folletos vetustos acerca de la anorexia.

—El objetivo de esta reunión es que conozcas mejor nuestro centro, el Billy Hughes, y sentar las bases de tu plan de rendimiento. Se quedará un poco corto, porque ya estamos a la mitad del primer semestre, pero creo que te servirá.

¿Plan de rendimiento? ¿Me había metido en un lío?

Al ver que no ponía buena cara, Josie volvió a sonreír. Tenía una barbaridad de dientes.

—El Billy Hughes no es un colegio cualquiera, Ava —explicó—. Estamos comprometidos con la democratización de la enseñanza. El aprendizaje debe ser un diálogo entre alumno y profesor: por eso os animamos a que nos llaméis por el nombre de pila y compartimos sala.

Caray. ¿La sala de los estudiantes y la de los profesores era la misma?

—También es el motivo por el que los alumnos escriben sus propios informes de valoración del semestre.

—¿Nos valoramos a nosotros mismos?

Josie asintió.

—En colaboración con los profesores, por supuesto. Pero, al comienzo del semestre, cada alumno pergeña un plan de rendimiento con la lista de resultados que persigue y una serie de objetivos que definen su progreso a lo largo del semestre.

No tenía ni la menor idea de a qué se refería.

—Al final del semestre, los profesores os entregan comentarios escritos que podéis incorporar en vuestros informes.

—Entonces, ¿yo decido mis notas?

—En común con tus profesores y conmigo —dijo Josie—. Y solo después de evaluar tus logros según los objetivos y resultados que especificaste en tu plan de rendimiento.

—¿Y qué va a impedirme que me ponga sobresaliente en todo?

Josie se reclinó en su silla.

—Solo tú —dijo—. En el Billy Hughes, animamos a que los alumnos se responsabilicen de su aprendizaje. Al fin y al cabo, es tu formación, y deberías poder darle forma para que se ciña al máximo a tus necesidades y metas. También tenemos en cuenta que la etapa en la que se imparte la formación secundaria es un momento muy importante para el desarrollo personal y recomendamos que incluyas ese aprendizaje en tu plan de rendimiento.

Fruncí el ceño. ¿Era también una política del Billy Hughes lo de usar palabras como «democratización» y «pergeñar» en esos sentidos? Porque no estaba segura de qué pensaba al respecto.



A la hora del recreo, me moría de ganas de regresar a mi antiguo instituto. ¡El Billy Hughes era durísimo! La bibliografía que nos habían dado en las clases de Inglés y Literatura tenía como unas setecientas páginas, y no conocía ninguno de los libros, lo que era absurdo, porque siempre me ha gustado mucho leer. Mi profesora de Francés (Juliette) no decía ni una palabra de inglés en clase, y mi profesor de Física (Andrew) podría haber hablado en francés y habría dado igual, porque yo no tenía ni idea de cómo usar patrones de difracción para contrastar el espacio entre los átomos en estructuras cristalinas. La única asignatura que más o menos aún pilotaba era Matemáticas.

No era inteligente. Salí al exterior, a un patio con un césped perfectamente cortado, lleno de arbustos de lavanda y nomeolvides.

No era inteligente *en absoluto*. Y yo que me creía brillante... ¡Había ganado premios académicos en casi todas las asignaturas desde los doce años!

Lo llevaba claro. Pero clarísimo.

Quise darme la vuelta, salir por las lujosas puertas de hierro, montarme en un tren y volver a casa. Quise regresar a mi viejo instituto, donde era la mejor en todo.

Echaba de menos a Chloe. Deseé poder acurrucarme junto a ella, respirar su olor a tabaco y vainilla, escuchar cómo me decía que el instituto no importaba, que no era más que un lavado de cerebro. A lo mejor tenía razón.

De pronto, me fijé en un grupo de cinco alumnos sentados bajo un arce japonés que alguien había podado con mucho esmero. Todos iban de negro: destacaban como cucarachas en un congreso de mariposas. Los alumnos del Billy Hughes llevaban vaqueros entallados o faldas por encima de la rodilla. Se veía mucho blanco, rosa, azul y, a veces, alguna prenda verde o un estampado rojo, pero nadie llevaba negro.

Aquel grupo era *distinto*. Todos eran desmañados y desaliñados. Los vaqueros negros de uno tenían rotos gigantescos; otro era gordo y muy peludo para su edad, con el tipo de gafas redondas de metal que solo le quedan bien a John Lennon o Harry Potter. Había una chica con aparato, una coleta tosca, y una camiseta enorme y negra con lo que parecía el logotipo de *Star Trek*. Un chico asiático enterraba la nariz en un libro.

El resto se reía de lo que uno de ellos había dicho, el que parecía algo menos desarreglado: los vaqueros negros le quedaban bien y llevaba una camisa negra. Estaba poniendo cara de payaso, con los ojos bizcos y los mofletes hinchados. Sonreí sin darme cuenta.

—¡Ava! —me llamó alguien.

Era la chica bajita y alegre de antes, Alexis. Llevaba una botella de agua y una manzana en un brazo, y una carpeta bajo el otro.

—Ven a sentarte con nosotros —dijo.

Eché un vistazo desdeñoso por encima del hombro a los chicos desaliñados que iban de negro y murmuró:

—Los frikis de los técnicos de escenarios. —Y mientras me conducía lejos de allí, añadió—: ¿Tanto cuesta lavarse un poco de vez en cuando?



Si pudieras ir al supermercado y comprar personas como si fueran paquetes de Doritos, Alexis y sus amigos estarían en la sección *gourmet*. Todos combinaban con todos, como en un catálogo de moda. Había tres chicas menudas y perfectas: Alexis, con su pelo cortito de color rubio platino; Vivian, una chica malaya elegante y sofisticada que tenía la manicura más espectacular que he visto nunca; y Ella-Grace, la de las trenzas castañas que hablaba francés y

japonés. A su lado, me sentía una gigante sucia y patosa. Una gigante sucia y patosa con nada interesante que decir.

Los tres chicos eran altos y fornidos, como si practicasen remo o algún otro tipo de deporte pijo, estilo *lacrosse* o waterpolo. Llevaban vaqueros entallados, con arrugas y raspones perfectamente medidos, camisetas de marca y el pelo artísticamente despeinado. Parecían ser los novios de las tres chicas, y se llamaban Caleb, Cameron y Connor, aunque no me quedó claro quién era quién. Estaban sentados en una mesa de pícnic cercana, y hablaban de qué universidad ofrecía el mejor máster en Administración de Empresas y cómo le había ido a Nueva Zelanda en el último partido de críquet.

Las chicas eran espantosamente simpáticas. Me preguntaron cómo me había ido el primer día y se ofrecieron a dejarme apuntes o a ayudarme con la Física y, en general, eran tan brillantes, alegres y llenas de energía que me costaba creer que no fueran tontas de remate. Me sentía culpable solo por hablar con ellas; me aterrorizaba que Chloe irrumpiese en cualquier momento, dejase caer la ceniza del cigarrillo sobre aquellas visiones de perfección rosa y las redujese a la nada.

—Ava, ¿cómo era tu otro colegio? —me dijo Alexis.

Sentí que me ruborizaba.

—Eh... Estaba bien. El nivel era mucho más bajo.

Ella-Grace se rio, una risa como una catarata.

—Normal —dijo—. Pero te aburrías, ¿verdad? Por eso has venido aquí.

Asentí. Por eso y porque quería llevar el jersey rosa, faldas y lápiz de labios. Y hablar con gente común y corriente sobre cosas comunes y corrientes, como chicos, programas cutres de televisión y el resto de cosas que Chloe odiaba.

—Aun así, echarás de menos a tus viejos amigos —añadió Vivian con una sonrisa comprensiva.

Asentí de nuevo, casi esperando que la ceniza se derramara sobre nosotros cual lluvia divina y vengativa.

Alexis dejó escapar un gritito, el tipo de sonido que podría emitir Bambi al descubrir a una criatura del bosque sola y especialmente necesitada de su afecto y su amistad. Me rodeó con los brazos y me apoyó la cabeza en el hombro. Yo me tensé sin quererlo. ¿Por qué me tocaba? ¿Se daría cuenta de que me gustaban las chicas?

¿Podría *notarlo* de algún modo?

Olía a verano, a manzanas y madreSelva. Deseé ser ella.

—No te preocupes —dijo—. Somos tus nuevos amigos. Te cuidaremos.

Por un momento, pensé que iba a echarme a llorar. ¿Cómo podían ser tan simpáticos? ¿Cómo sabían que yo merecía la pena? ¿Y si no era lo suficientemente inteligente o elegante o... normal? ¿Y si se enteraban de la existencia de Chloe?

—¿Sales con alguien? —preguntó Ella-Grace.

Di un bote. ¿Acaso me leía la mente?

Abrí la boca para responder, pero no tuve ni idea de qué decir, así que la cerré. Genial, mis nuevos amigos se debían de creer que era un pez. ¿Qué podía decir? Era un momento clave de mi nueva vida, una gran decisión. ¿Realmente podía refutar la existencia de Chloe sin más? ¿Era lo que de verdad quería?

—No —dije al fin.

Vivian dio una palmada.

—¡Pues ya tenemos primera misión como tus nuevas mejores amigas!

Las chicas frunció los labios y me observaron con la cabeza ladeada.